

## La sociología (teoría y técnica) como ciencia\*

---

José Medina Echavarría

---

\* Bajo este título presentamos tres fragmentos del libro de José Medina Echavarría, *Sociología: teoría y técnica*, FCE, México, publicado originalmente en 1941. La edición que hemos empleado es la tercera, de 1982. El primero de los textos, «Sociología como ciencia», es el primer capítulo del libro (pp. 9-27). El segundo de los textos, «El aficionado», así como el tercero, «Lecciones de esa experiencia», son dos epígrafes del último capítulo, «La investigación y sus técnicas» (pp. 118-125 y pp. 148-151, respectivamente). Hemos decidido modificar levemente el título del epígrafe «Lecciones de esa experiencia», que aparece aquí como «Lecciones de la experiencia norteamericana», para lograr una mayor claridad, ya que no hemos incluido el epígrafe que le antecede, titulado «Experiencia norteamericana». Agradecemos al Fondo de Cultura Económica que nos haya permitido reproducir estos fragmentos. [A.J.R.]

---

## I. SOCIOLOGÍA COMO CIENCIA

a) ¿Qué sentido tiene hablar de una crisis de objeto y método de la Sociología?<sup>1</sup>. Puede, en efecto, referirse a una de estas tres cosas: Primero, a la resonancia que en la Sociología tiene la situación general de crisis por que atravesamos. Segundo, al proceso de crecimiento de la Sociología, que, como en toda ciencia, es una crisis permanente, sin la cual una y otra quedarían estancadas en un momento dado. Y tercero, a una especial situación crítica de la Sociología, privativa de ella, en la cual percibiera que todo o la mayor parte de lo que había hecho hasta aquí no tenía validez alguna; y más concretamente, que se había estado ocupando de un objeto inexistente o que no le corresponde, y que los métodos que se habían empleado eran erróneos o inadecuados; en consecuencia, que los resultados adquiridos de esa manera eran justificadamente insatisfactorios. En mi parecer, la exclusiva alternativa que nos incumbe es la segunda, que no es ni más ni menos que la llamada cuestión metodológica. Pero antes de entrar en ella conviene decir algunas palabras sobre las otras dos.

La Sociología como disciplina y los hombres que la cultivan—sobre los que pesa el impresionante nombre de sociólogos— están sometidos, como las demás disciplinas y los demás hombres, a las sacudidas que conmueven nuestra época atormentada. Que esos trastornos tengan que reflejarse no sólo en la actitud personal de los investigadores sociales, sino en la ciencia que construyen, es cosa inevitable. Pues nadie ni nada puede eludir las consecuencias de una situación de dimensiones mundiales. La dramática atracción de este problema es tan fuerte, que el propósito de evitarlo en esta ocasión exige algún esfuerzo. Pero es necesario, pues si fuéramos débiles a su seducción nos expondríamos a que nos absorbiera todo nuestro tiempo. Por otra parte, algo se dirá cuando se enfoque la cuestión de la investigación social en nuestros días. Hay que renunciar, pues, a tratar de la crisis en general, para ver cómo se bandean en ella Sociología y sociólogos. El análisis de aquélla ha sido hecho desde distintas perspectivas, y todos los hombres de mi generación hemos tenido que ocuparnos del asunto de alguna manera. Ahora bien, desde la perspectiva de la ciencia, de todos los factores y elementos de esa crisis que han sido señalados, ninguno le está más próximo que el del supuesto eclipse de la razón. Pues toda ciencia, cualquiera que sea su objeto, no es sino un intento de «racionalizar» la realidad; es decir, de comprenderla o interpretarla sometida a principios de razón que permitan, en definitiva, una dirección inteligente de la vida humana. Si esta crisis es en su fondo una crisis de la razón, todas sus manifestaciones tienen que bambolearse al mismo ritmo; en el eclipse de la inteligencia, también las ciencias quedan cubiertas por su arco de oscura sombra. Y mientras

<sup>1</sup> Título de las conferencias a que aludía. [Se refiere Medina a las conferencias que dio en la Universidad de Morelia, que son el origen del libro *Sociología: teoría y técnica*, tal y como el autor mismo afirma en el «Prefacio a la primera edición». A.J.R.]

siga encrespada la ola de irracionalidad que nos inunda, el hombre poseído de una actitud racional —y tal es y tiene que ser el científico— es el náufrago entre los náufragos. Ahora bien, el intento de abordar, aun fragmentariamente, alguna de las fases de la cuestión encerrada en aquel planteamiento, veríamos que nos entraría de lleno ya en la propia Sociología, bien en las cuestiones metodológicas que luego nos ocuparán.

Pues si nos preguntáramos el por qué de ese eclipse de la razón —si somos lo suficientemente optimistas para no hablar de ocas—, dos exploraciones, por lo menos, nos serían inevitables. Habría que investigar, por una parte, si se ofrecen determinadas condiciones sociales en nuestro mundo contemporáneo favorecedoras o determinantes de los malos pasos en que está la inteligencia; y en su caso, cuáles son éstas, su carácter, su duración, sus tendencias de cambio, sus relaciones recíprocas —de ser varias e independientes—, etc.; cuestiones todas éstas, como se ve, de notorio carácter sociológico.

Pero también habría que averiguar si alguna culpa incumbe a la razón misma, es decir, a las formas en que ésta se ha mostrado en la época moderna. Y si no habría que atacar, por consiguiente, la llamada reforma de la inteligencia. Lo que llevaría a estudiar, como problema derivado, si no es que existe un fallo en la construcción de las ciencias en general, y muy especialmente de las ciencias sociales en particular, reflejo de una deformación más amplia de la inteligencia y de su papel en la vida. En el caso de la Sociología —de llegarse a esa particularización— se mostraría su crisis como una duda, al menos, de su valor instrumental para la vida humana en aquellos momentos de angustia y de decisiones inmediatas en que su guía era y es más necesaria. En lo que haría coro, por otra parte, a las demás ciencias sociales. Cuestiones todas éstas, al contrario de las primeras, de notorio carácter filosófico general y metodológico.

Ambas investigaciones serían igualmente fecundas y seguramente se completarían en sus resultados. Pero quien esto escribe no pretende acogerse ahora a la socorrida excusa del espacio de que dispone, declarando abiertamente que sus fuerzas son muy inferiores al aliento de la empresa. No es posible, pues, desplegarse a fondo en esas investigaciones. Ahora bien, la segunda está incluida, como antes se ha dicho, en la cuestión metodológica de la Sociología, y por tanto, aun sin atacarla de frente y modo particular, tiene que ser rozada y, al menos, planteada. Su desarrollo completo, sin embargo, y en todas sus conexiones, tendría que ser incluido en el estudio del problema, tan amplio como urgente, de la «reconstrucción» de las ciencias sociales.

Breves consideraciones merece la tercera de las alternativas sugeridas por el tema que plantea este trabajo. Por lo pronto, no se admitirá en ningún círculo de especialistas, lo que consigno sin pretender que sea una prueba concluyente. En cambio, cuando se ha emitido

alguna opinión que formaba tal tesis, ésta proviene de los filósofos. Así, la impugnación más grave que se ha hecho a la Sociología es la de que no ha dado ideas claras sobre su objeto específico: lo social. Y naturalmente, cualquiera que sean los aciertos parciales, el conjunto adolece de ese pecado original<sup>2</sup>. Lo que hay de justo e injusto en esa impugnación lo veremos luego, al señalar las relaciones entre Sociología y Filosofía. Pero, por lo pronto, la tesis de que la Sociología se encuentra en una situación crítica peculiar, porque nada menos que no ha sabido hasta ahora cuál era su *verdadero* objeto, hay que descartarla en esa forma absoluta. Y subrayo la palabra verdadero porque en ese adjetivo está contenido el acento de la posición filosófica. Muy al contrario, cualquiera que siga el desarrollo de la Sociología en sus representantes más auténticos, a partir de Comte, tendrá que convenir que *en cuanto ciencia* sigue un proceso de madurez que marca una línea de perfecta continuidad. Esta continuidad se traduce en una incesante depuración de su conciencia científica y de los métodos adecuados. Sin que suponga, por lo demás, unanimidad completa entre los más próximos, ni excluya desviaciones de direcciones opuestas. Cabría imaginar ese proceso de madurez como una corriente central que mezcla aguas de distintas fuentes, acompañada por corrientes laterales menores, algunas de ellas de curso breve, ya extinguido.

La Sociología nace en Comte con la pretensión de ser una ciencia más, al lado de las otras, y desde entonces todas sus crisis, dentro de la problemática que formulara su genial fundador, han sido las crisis de toda ciencia: de crecimiento. Tal es la opinión que intentaré exponer al aplicarnos a la única alternativa que nos ha quedado en pie: la cuestión metodológica. Ésta es conciencia de un desarrollo, tanto como reflexión sobre las posibilidades de un futuro.

b) Las cuestiones metodológicas no dejan de estar desacreditadas en algunos círculos. La permanencia en ellas de muchos que carecen de una obra científica propia, aumenta su descrédito. Así, aun entre los propios alemanes, había algunos que lamentaban la larga antesala metodológica de otros de sus compatriotas, remisos a entrar en materia. Lamento que en plumas extranjeras se convertía, naturalmente, en crítica acerada o en amable chanza. En este sentido se ha dicho más de una vez que los libros de metodología en ciencia social son, o exposiciones *a posteriori* de sus propios métodos hechas por los grandes creadores (Durkheim o Weber, por ejemplo), o manifestaciones de impotencia de los secundones infecundos. Se trata aquí, según creo, de una verdad, de hecho, pero no de interpretación. Dejemos a los que no han pasado del estadio metodológico preparatorio, sin inquirir las causas de su excesivo detenimiento. Lo que no parece convincente es que en

<sup>2</sup> *Verbigracia*, Ortega y Gasset: *Ensimismamiento y alteración*, y con atenuaciones, Recaséns Siches: «La actual revisión crítica de la Sociología», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. I, núm. I.

sus disquisiciones metodológicas no hicieron los grandes maestros sino exponer lo que fueron sus propios métodos; más bien dan cuenta de esos métodos (quizá racionalizándolos y retocándolos, pero éste es otro problema) en la medida en que los consideraban como «el método» de la ciencia en cuestión y, por tanto, con valor ejemplar y generalizable. Cierta también que otros famosos autores no se han preocupado, ni poco ni mucho, de lo que fue el método de su trabajo, contentándose con presentar sus resultados. Y su ejemplo viene a reforzar la posición de los adversarios, graves o zumbones, de la metodología. Se recuerda a este respecto una anécdota de Sumner, el formidable investigador norteamericano, quien habiendo sido preguntado en cierta ocasión por un discípulo cuál era el método para aprender un nuevo idioma, contestó: «Ponerse a estudiarlo»<sup>3</sup>. Sin duda que en la contestación de Sumner se alude a una experiencia indudable: que no hay investigación sin dolor y duro trabajo, y que esto no lo evita ninguna consideración metodológica preliminar. Pero aparte de la fecundidad de ese esfuerzo puede ser reforzada y facilitada por una guía metodológica, no es menos cierto que, en general, la ciencia no puede pasarse sin reflexionar, de cuando en cuando, sobre sus propios pasos, y que esta reflexión es tan importante que constituye nada menos que la conciencia del científico. En definitiva, se trata, como siempre, de posiciones exageradas que conviene evitar: ni la estadía prolongada en el refugio metodológico, ni la partida impreparada a la azorosa travesía de la investigación científica. Las cuestiones metodológicas sólo son infecundas si absorben toda la atención del científico, paralizándole de ese modo y sustituyéndose a la investigación concreta; mas de otra forma no sólo son útiles sino indispensables, pues significan la reflexión de una ciencia sobre sí misma, que aclara su campo de acción, sus procedimientos, el valor de sus resultados y el ámbito de sus posibilidades. En una ciencia inmadura como la Sociología, la reflexión metodológica es mucho más necesaria, porque es el único medio de defenderla de las desviaciones a que de continuo le incitan sugerencias que provienen de otros campos.

Ahora bien, esa reflexión la llevó a cabo por primera vez el propio creador de la Sociología, y con tal claridad, que en sus líneas generales tiene hoy día plena validez. De tal suerte que partiendo de Comte puede trazarse una línea de continuidad en el desarrollo de las consideraciones metodológicas sobre la nueva ciencia, que llega hasta el momento presente. Cuanto se habla de Comte como del fundador de la Sociología suelen tenerse en cuenta antes que nada algunas ideas fundamentales de sus sistemas, cuando en realidad su verdadera significación tendría que medirse por su planteamiento metodológico. Esto no quiere decir, naturalmente, que sea hoy aceptable en su totalidad. Por ejemplo, su esquematismo en la división de las ciencias, con sus respectivos límites rigurosamente trazados, es inaceptable en los días de la astrofísica y de la fisicoquímica. Pero en esto, como en

<sup>3</sup> Stuart Rice, en la introducción a *Methods in Social Science*, 1937.

otras cosas, estaba condicionado por su época y por el estado en ella, no sólo de las diferentes ciencias, sino de la reflexión teórica sobre la ciencia en general. La validez de su posición hay que buscarla en las líneas fundamentales de su planteamiento, y éstas fueron tan certeramente formuladas, que constituyen el único cuadro posible de toda discusión metodológica de la Sociología. Primero, la pretensión que con ésta nace: la de ser una ciencia de igual carácter que las demás. La Sociología es una ciencia positiva, o sea empírica e inductiva. Y segundo, la presunción de la aplicabilidad a esta nueva ciencia de los métodos que demostraron su fecundidad en la construcción de las otras ciencias: observación, experimento y comparación. No menor validez tiene el análisis comtiano del sentido encerrado en la calificación de ciencia positiva dado a la Sociología. El método positivo significa, ante todo, la «subordinación sistemática de la imaginación a la observación»; fórmula que, aunque en su intención se refería a la proscripción de entidades metafísicas del campo científico, encierra también en su interpretación extensiva el elemento de la prueba esencial en toda ciencia. Pero, además, contiene el criterio de previsión, cumplido ampliamente en otras ciencias, y que Comte creía posible en Sociología «dentro de los límites de precisión compatibles con la mayor complicación» de los fenómenos sociales. Criterio éste de la previsión que sigue siendo piedra de toque de las pretensiones científicas de la Sociología y objeto de renovada discusión. Sin terciar en ella, por el momento, cabe observar que este criterio no es sino la razón de ser misma de la Sociología como ciencia. Pues equivale a afirmar la capacidad de la inteligencia para la recta conducción de los asuntos humanos. Si no se espera o cree que la inteligencia pueda adelantar las consecuencias de la actividad social nuestra o ajena, y deducir del análisis de una determinada situación las posibilidades de desarrollo que en ella se encuentran, no sólo es comprensible la entrega al azar y a los impulsos irracionales, sino que sobra y es superfluo todo intento de construcción científica. En su intención al menos, quizá resida aquí la lección suprema de Comte. Su humana y urgente aspiración a formular una política positiva, es decir, racional, está así enlazada con un postulado metodológico.

Pero todavía pueden señalarse otros momentos de la obra comtiana que, inadvertidos en general, tienen un extraordinario alcance metodológico y son de significativa actualidad. Desde sus ensayos juveniles, Comte se había dado perfecta cuenta de que la realidad social es todo de partes interdependientes y estrechamente enlazadas, que no puede ser entendido sino en su totalidad y en sus conexiones recíprocas. En su *Curso* se formula esta idea en la famosa teoría del *consensus*, que por no haber sido explicitada en forma suficiente ha permitido, quizás, que se olvidara no sólo su valor teórico general, su significación filosófica, por decirlo así, sino también su importancia metodológica. Dejemos el primer punto, aunque sea tentador, ya que modernas filosofías se están ocupando de algunos de los temas que Comte, con su exceso de concisión, encerrara el concepto de *consensus*. Su significación metodológica fue formulada por Comte, con impecable clari-

dad: «Todo estudio aislado de los varios elementos de la sociedad es, por la naturaleza misma de la ciencia, profundamente irracional y será siempre por esencia estéril»<sup>4</sup>. No sólo posteriores unilateralidades han hecho caso omiso de la advertencia comtiana, sino que ella misma nos explica algunas de las dificultades en que se encuentra la especialización de las ciencias sociales. Son cabalmente estas dificultades las que llevan con reiteración a la busca de una perspectiva total, a un tipo de conocimiento que vea entrelazado y funcionalmente integrado lo que el especialismo fragmenta. En una palabra, esa interdependencia de los elementos de la sociedad justifica e invoca la existencia de una ciencia especial, llámasele o no Sociología. Y así veremos que, a pesar de todos los intentos de construir a ésta como una ciencia especial, al lado de las demás ciencias sociales, y con un objeto delimitado y distinto de los que aquéllas tratan, la pretensión sintética y totalitaria. Mas tal pretensión no es puro afán imperialista, sino que está exigida, como lo vio perfectamente Comte, por la naturaleza misma de la sociedad. Y aunque no se compartan en su carácter extremo, no dejarán algunos de participar, en principio, en la oposición continua a la fragmentación de la ciencia social y en su afirmación del carácter director que asignaba a una ciencia unitaria: «En cualquier época de la ciencia, las investigaciones parciales que aparezcan necesarias sólo podrán ser convenientemente indicadas y concebidas a la luz del progreso de estudios de conjunto, que llamarán la atención de manera espontánea sobre aquellos puntos particulares cuya iluminación pueda ayudar realmente en el adelanto directo de la cuestión de que se trate»<sup>5</sup>. También Comte había visto el carácter abstracto y relativamente lejano de las leyes que pudiera formular la Sociología, de modo que significan tan sólo ciertos límites a la voluntad transformadora del hombre. De aquí que afirmase la relatividad de las instituciones y concepciones humanas y su carácter de necesario correlato de un estado determinado de civilización. El problema está cabalmente en pasar de esas leyes abstractas y generales a las leyes particularizadas que rigen en una cierta situación, que es lo que preocupa al pensamiento contemporáneo.

Ahora bien, el que la Sociología fuera una ciencia positiva y que a ella pudieran aplicarse, en principio, los métodos generales de la ciencia, no significaba para Comte, como es sabido, que pudiera construirse con los conceptos elaborados por otra ciencia, como luego se intentó en varias direcciones. Por lo pronto, Comte se había dado cuenta desde sus primeros trabajos de la singular condición del objeto de las ciencias sociales. En uno de sus ensayos juveniles escribía: «Los fenómenos sociales, en la medida en que son humanos, se incluyen, sin duda alguna, en los fenómenos fisiológicos. Pero, aunque por esta razón, la Física social tiene por necesidad que partir de la Fisiología individual y mantener continuas relaciones con ella, sin embargo, no menos necesario es considerarla y cultivarla como

<sup>4</sup> *Cours de Philosophie Positive*, t. IV, p. 255 (ed. Littré).

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 255-256.

una ciencia enteramente distinta, por razón de la progresiva influencia de las generaciones humanas, unas sobre otras. Esta influencia, que en Física social es lo preponderante, no puede ser estudiada de modo adecuado desde el punto de vista puramente fisiológico»<sup>6</sup>. De suerte que, en el momento en que parecía estar influido con más fuerza por la ciencia natural, atinaba certeramente con el rasgo peculiar del dato social. O sea, que ese aspecto «preponderante» de la influencia progresiva de las generaciones humanas unas sobre otras, descubría el carácter histórico de la realidad social y de la vida humana, sin olvidar que también están unidas a la naturaleza. Y este carácter histórico de la realidad social, sobre el que tanto se insiste en los momentos actuales, no sólo estaba presente en Comte, sino en otros grandes maestros del pasado siglo, y no como un filosofema, sino, que es lo importante para una ciencia empírica, como cuestión metodológica y punto de partida de la investigación.

Natural consecuencia de esa peculiar textura del dato social es la modificación que los métodos utilizados por las demás ciencias tienen que sufrir al ser empleados por la Sociología. Sin duda alguna, Comte no llegó a examinar todos los problemas que esa aplicación presenta, pero algunas de sus reflexiones han repercutido de modo considerable en la elaboración posterior de la ciencia sociológica. Comte reconoce la validez de la observación en Sociología como en las demás ciencias. No indaga, es cierto, en qué forma se presenta esa posibilidad; pero de su simple reconocimiento resulta afirmada la objetividad, la realidad de los fenómenos sociales. Durkheim, su continuador, hará más tarde de esa objetividad la afirmación fundamental de su metodología, investigando su consistencia y los datos de la experiencia que la delatan y confirman. Pero otros problemas más complicados de la observación de la realidad social, aquellos que plantea en particular el factor subjetivo en ella encerrado, no serán planteados sino mucho más tarde. Al menos, Comte hizo constar algo olvidado por los adoradores simplistas de la acumulación de hechos: que la observación ha de estar dirigida y guiada por la teoría, si quiere ver algo en esos hechos y no perderse infructuosamente en ellos.

Que el experimento, o sea la manipulación artificial de las condiciones del fenómeno estudiado, podía realizarse difícilmente en Sociología, fue reconocido por Comte; pero su distinción entre el experimento directo e indirecto fue un acierto no reelaborado en forma suficiente por la metodología posterior. El experimento indirecto es una prueba de la experiencia como pudiera serlo otra, y lo que importa es esa prueba, cualquiera que haya sido el camino para llegar a ella. El que una determinada medida política o legislativa no se conduzca en la realidad como era esperado, es una prueba que invita a la reconsideración

---

<sup>6</sup> *Appendice Général du Système de Politique Positive, contenant tous les opuscules primitifs de l'auteur sur la Philosophie sociale*, p. 150, en el tomo IV del *C. P. Pve.* París, 1854.



inteligente, con la misma compulsión que obliga al científico a plantear de nuevo las condiciones de su experimento. El aguijón existencial de la posición comtiana, que es el de la Sociología misma, requería esa prueba so pena de abandonar la actitud científica. Ninguno de los auténticos sociólogos posteriores ha dejado de invocarla. Recientemente Dewey ha concebido el experimento en las ciencias sociales en forma que se aproxima a lo que pudiera dar lugar una interpretación del concepto comtiano<sup>7</sup>.

Por último, de la naturaleza histórica del dato social dedujo Comte una consecuencia que ha pesado después mucho en todas las ciencias sociales. Ésta es que el método por excelencia de la Sociología es el histórico o comparativo. Ciertamente con él se han cometido no pocos errores. Pero ahora no nos importan las formas de su interpretación y aplicación, sino la validez, en principio, de la intuición comtiana. Y que el método comparativo ha seguido desde entonces en la atención de los sociólogos lo confirma esta reciente opinión de un escritor contemporáneo: «Tan pronto como la Sociología pasa del plano descriptivo al analítico, el método comparativo es esencial lo mismo para trazar las conexiones genéticas que para establecer cualquiera otra forma de relación causal»<sup>8</sup>.

Al terminar estas consideraciones sobre el planteamiento comtiano en su significación actual, no deja de tener interés observar cómo coinciden dos pensamientos de trayectoria tan diferente como los de Comte y Weber. Comte, partiendo del paradigma de las ciencias físico-naturales en su intento de construir una ciencia positiva de la sociedad, tropieza con la naturaleza histórica del dato social, que altera, pero no menoscaba, la aplicación de los métodos generales de toda ciencia. Weber, partiendo del neokantismo y del historicismo, del reconocimiento explícito y previo de la historicidad de la realidad social, se esfuerza por demostrar la validez de su conocimiento objetivo, o dicho de otra forma, la validez del método científico en su aplicación al dato social. Es decir, Comte y Weber, tan lejanos en su punto de partida, coinciden en su intento de demostrar la posibilidad de la Sociología como ciencia empírica. No es, pues, sorprendente que entre los dos haya quedado dibujado el cuadro de los problemas metodológicos de la ciencia social presente y futura.

c) Morris Ginsberg<sup>9</sup> ha hecho observar con agudeza que la difícil situación de la Sociología se debe, en buena parte a la circunstancia de que para los filósofos no es suficientemente filosófica y, en cambio, para los científicos empiristas no es suficientemente científica. La relación de la Sociología con el método científico ha de verse con algún detalle a lo

<sup>7</sup> *Logic*, 1938.

<sup>8</sup> M. Ginsberg: «The problems and methods of Sociology», p. 447; en *The Study of Society*, 1939.

<sup>9</sup> Op. Cit., p. 439.

largo de este trabajo. Ahora conviene que concentremos nuestra atención, aunque sea por breve tiempo sobre el otro problema, el de las relaciones de la Filosofía con la Sociología, en un ensayo de reconocer a cada una lo que le es debido. Hasta ahora no se ha hecho otra cosa que insistir en que la Sociología es, o pretende ser, una ciencia independiente, de carácter empírico, que por el estudio inductivo de determinados datos, que afirma como suyos, pretende elevarse a conceptos y generalizaciones comparables, en su intención al menos, a los resultados obtenidos por las demás ciencias.

La definición más amplia que puede darse de nuestra ciencia alude al hecho social como tejido de relaciones humanas interdependientes, las condiciones de esa trabazón y los efectos o resultados que de ellos derivan para la vida del hombre. A nadie puede sorprender, sin embargo, que la filosofía medite también sobre ese tema, y que en forma accidental o en conexión sistemática pretenda iluminarnos sobre el hecho importantísimo que es la sociedad. En éste como en otros casos, no puede hablarse de colisión entre Filosofía y Ciencia, sino de una manifestación necesaria de la unidad de la razón humana, esforzada por poner orden y coherencia en el caos, o multiplicidad por lo menos, de las impresiones sensibles, según unos, o por reflejar la estructura de la realidad, según otros. La razón del imperialismo de la Filosofía está en la naturaleza misma de su actividad y de sus propósitos, que no le permiten atenerse, como a la ciencia, a una visión parcial y fragmentaria. Por eso, aunque el pensar filosófico aparezca en la forma particularizada de la llamada filosofía social, tiene que insertar el objeto de su meditación en el marco más amplio y comprensivo de un sistema filosófico, subyacente o expreso.

La manera corriente de tratar el problema que nos ocupa en la bibliografía sociológica contemporánea, consiste en distinguir el aspecto crítico del normativo en la Filosofía para precisar de esa forma su doble relación con la Sociología<sup>10</sup>.

Por una parte, nadie pretende negar que a la Filosofía incumbe, con respecto a la Sociología, la misma tarea que aquella cumple con relación a todas las demás ciencias, o con la ciencia en general: la de fundamentar sus pretensiones de validez, indagando la adecuación de los métodos respectivos con la naturaleza del objeto estudiado y el carácter de las generalizaciones obtenidas. El análisis de los principios de la construcción de la ciencia es el objeto de una disciplina especial, la teoría de la ciencia, que sin ser, desde luego, de las que más atraen la atención o son más cultivadas dentro de la enciclopedia filosófica, posee innegablemente ese carácter. Particularizada según las ramas de la ciencia, aparece como teoría de una ciencia determinada; sin que al decir esto se prejuzgue ahora en lo más mí-

<sup>10</sup> Cf. Ginsberg, *Sociology*, 1934, pp. 24 y 25; W. Macdougall, «Philosophy and the Social Sciences», *Human Affairs*, p. 213; Montagu, «The Social Sciences and Philosophy», *The Social Sciences and their interrelations*, 1927, p. 467.

nimo la cuestión candente de la unidad o diversidad en la naturaleza lógica de las ciencias. Las cuestiones metodológicas no corresponden al científico como tal, si bien no es infrecuente que de hecho le preocupen y trate de ellas, pero entonces cumple, al hacerlo, tarea filosófica. La Sociología, como las ciencias sociales en general, presenta problemas de método y de construcción científica que han de ser afrontados de alguna forma, sea por el propio especialista, bien por el lógico o filósofo. Mas quienquiera que emprenda la tarea, ésta es siempre de carácter filosófico.

Por otra parte, es también opinión todavía predominante que la Sociología, como ciencia, comparte o debe compartir con todas las demás la neutralidad valorativa. Le incumbe determinar lo que la realidad presenta, los caracteres y conexiones de los fenómenos estudiados, absteniéndose de todo juicio de valor. Tiene que declarar lo *que es y cómo es*, pero nada puede decirnos sobre lo que *debería ser*. Al estudiar la sociedad tiene que enseñar, impasible, lo que en ella se contiene, ordenar conceptualmente sus elementos, escrutar las relaciones que entre ellos existan, extrayendo si puede la legalidad que los rige, y comprender, por último, una situación lo más plenamente posible. Puede incluso señalar ciertas tendencias en marcha hacia el futuro determinadas por el juego de los factores existentes en un momento dado, o, con mayor prudencia, las alternativas posibles. Pero todo ello, queden o no satisfechos aspiraciones, ideales y valores tenidos por supremos. En una palabra, tarea de la Sociología, como de toda ciencia, es simplemente la de conocer<sup>11</sup>, quedando así para otras disciplinas el ofrecer al hombre juicios de valor y normas de conducta. Corresponde, pues, a la Filosofía social, en su amplio sentido, completar la tarea de las ciencias sociales, enjuiciando los hechos, oponiendo a la realidad de lo que es la idealidad de lo que debe ser, porque mejor, y señalando la meta de una vida social más coherente y armoniosa, dentro de una visión total del mundo y de la vida. De esta suerte «un estudio completo de la vida humana requiere una síntesis, pero no una fusión de la Ciencia social y de la Filosofía social»<sup>12</sup>. Sin embargo, todavía pueden señalarse otras conexiones, tampoco privativas, entre Sociología y Filosofía. El sociólogo, como todo científico, suele partir en su investigación de determinados supuestos que no discute, porque le parecen de suyo evidentes, o porque le pasan inadvertidos al actuar en él inconscientemente. Explicar y analizar esos supuestos, es misión otra vez del filósofo, que al mostrar su fragilidad o su consistencia y su coherencia o contradicción con otros resultados del saber, presta un servicio inestimable al desarrollo de la ciencia.

<sup>11</sup> Que ésta sea la opinión predominante, no implica que no pueda ser discutida. Que la ciencia puede y debe poner valores para la conducta, es una tesis, entre otras, por ejemplo del filósofo Dewey, en este punto contrapolo de Max Weber, el más conocido mantenedor de la neutralidad ética del conocimiento científico. Cf. del primero *Human Nature and Conduct*, y del segundo, especialmente, «Der Sinn der "Wertfreiheit" der soziologischen und ökonomischen Wissenschaftslehre», *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*. En realidad, la tesis de la neutralidad valorativa parece muy quebradiza. Se ha aceptado aquí como opinión todavía corriente y para no complicar más el problema, aunque yo no la comparto íntegramente.

<sup>12</sup> Ginsberg, *Sociology*, p. 37.

A la inversa, todo nuevo conocimiento alcanzado por la ciencia afecta a la Filosofía, que tiene que hacerlo objeto de su meditación para ver si encaja en su propio sistema o le destruye, obligándole incluso a emprender desde su punto de vista una crítica de la validez de ese supuesto conocimiento. Y esto lo mismo con los resultados de las ciencias naturales que de las ciencias sociales. Recuérdese por ejemplo las resonancias que han tenido en Filosofía los últimos descubrimientos de la ciencia física y cómo las teorías sobre la estructura atómica han repercutido en la secular cuestión filosófica del determinismo e indeterminismo<sup>13</sup>. Pero también las ciencias sociales, la Sociología incluida, han ofrecido continuamente con sus resultados nuevos problemas a la Filosofía y sugerencias y estímulos para su propia elaboración categorial. Cosa que en la Filosofía contemporánea, para no ir más lejos, puede comprobarse sin ninguna dificultad.

Ahora bien, reconocidas las anteriores relaciones o alguna de ellas entre Filosofía y Sociología, debe quedar bien claro que por lo mismo se trata de dos disciplinas completamente distintas que no pueden ser confundidas. Lo extraño de nuevo es que la proclamación de este aserto no sea necesaria respecto a las relaciones de la Filosofía con otra cualquiera de las ciencias, no obstante ser las mismas e idénticas, como antes se dijo. A nadie hoy día se le ocurre confundir, por ejemplo, la Física o la Química con la llamada Filosofía natural. Ha sido hasta ahora el destino peculiar de la Sociología su necesidad de luchar en un doble frente. Destino que hay que reconocer que en buena parte es obra de los propios sociólogos, pues con respecto a la Filosofía la confusión ha sido producida muchas veces por ellos mismos, al abandonarse a incursiones que son propiedad exclusiva del filósofo; como también de manera parecida el desdén del cultivador de las ciencias físico-naturales ha sido provocado por sus ambiciones precipitadas y por asimilaciones de terminología previas a toda comprobación de su fundamento.

El acierto en el juicio de Ginsberg que abre el desarrollo de estas líneas, ha tenido comprobación reciente por parte de los filósofos en las duras frases dirigidas a la Sociología por Ortega y Gasset<sup>14</sup>. No quiero incurrir en la petulancia imperdonable de arrogarme la representación del gremio e intentar su defensa. Creo, por otra parte, que la razón de Ortega y Gasset sería reconocida por los mismos atacados. Pero ese reconocimiento demostraría la injusticia de confundir dos puntos de vista<sup>15</sup>. La Sociología nunca satisfará,

<sup>13</sup> Las especulaciones filosóficas a este respecto de Eddington y Jeans, pronunciándose por un fundamental indeterminismo de la naturaleza, están sometidas a una dura y al parecer conveniente crítica. Cf. Susan Stebbig, *Philosophy and the Physicist*, 1938.

<sup>14</sup> *Ensimismamiento y alteración*, 1939.

<sup>15</sup> La amplitud con que se aplica la palabra Sociología viene a demostrarla el propio Ortega al calificar de tratado de Sociología el libro de Bergson, *Las dos fuentes de la moral y la religión*, ob. cit., p. 16.

en efecto, al filósofo cuando éste pregunta: *¿qué es lo social?* La contestación buscada de una determinación «esencial» queda por encima o por fuera de lo que el sociólogo puede ofrecer con sus métodos. En este sentido será siempre para el filósofo superficial. A lo más la respuesta habría que desentrañarla en sus supuestos y tal faena hace bien en acometerla aquél. ¿Mas la inculcación del filósofo a la Sociología no la dirige también con igual razón a otras ciencias? El biólogo, sin abandonar su experiencia, ¿puede acaso decirnos algo sobre lo que la vida «es» que satisfaga la conciencia filosófica? Nada tiene, pues, de extraño que el sociólogo, saltando por encima de lo que para él son *categorías residuales*, se sienta atraído por los «temas más terriblemente concretos de la humana convivencia». Pues son, en definitiva, los fenómenos concretos los únicos asequibles a la ciencia. En alguna ocasión el filósofo Dewey ha captado lo que es la óptica peculiar del sociólogo, aunque no se refiriera a él en concreto; lo que importa, por ejemplo, no es discurrir en abstracto sobre el supuesto conflicto del individuo y la sociedad en general, sino analizar los *conflictos* concretos en un momento dado entre determinados individuos y determinados grupos. Y, naturalmente, esa actitud se ha intensificado a medida en que la Sociología, perdiendo su primitivo carácter especulativo, ha ido haciéndose más científica. Por eso quizás, menos aún que en Comte, podrá encontrar el filósofo una respuesta para él satisfactoria en investigadores mucho más ceñidos a la exigencia empirista, un Pareto o un Weber, *verbigratia*, por no citar más que a estos maestros de la anterior generación. Y sin embargo, entregados al análisis de la acción social y al mostrarnos sus elementos, ¿no descubren, trabajosamente quizás, aquellos aspectos de la vida humana con que responder a la pregunta de qué sea lo social? A la inversa, el filósofo nos señala, por ejemplo, esos dos modos del existir: el ensimismamiento y la alteración, que iluminan de un golpe la interpretación de la vida; pero cuando el sociólogo asimila esas categorías de la existencia, ¿no es para preguntarse por las condiciones precisas, por los factores específicos que en un momento dado y en una circunstancia concreta dada cargan el peso de la balanza sobre la vida ensimismada o sobre la alterada? El filósofo se concentra sobre «lo social», y con la fuerza penetrante de su aguijón dialéctico nos lo rompe en los dos polos de la intimidad y alteridad. El científico (sociólogo, psicólogo social, etnólogo, etc.) se *dispersa* y comienza a inquirir hasta qué punto se encuentra en la *experiencia* concreta esa intimidad insobornable. ¿No quedan en ella residuos de la alteridad?, ¿qué formas toma en su desprendimiento según las condiciones y factores que en nuestra época, aquí y ahora, determinan nuestra alteración?, etc. Concentración y dispersión (la tendencia hacia los fenómenos «más terriblemente concretos») son el destino, respectivamente, de la Filosofía y de la Ciencia, y en ellas se encierra su peculiar grandeza y servidumbre.

No creo que nadie piense que con lo anterior se prejuzga con carácter negativo del valor de la Filosofía para la Sociología, ni menos de la dirección existencial, ni más concreta-

mente de la orteguiana. Muy al contrario, creo que esta última en particular prestará<sup>16</sup> servicios de primer orden a la Sociología empírica y que algunos de sus análisis son insuperables. Pero precisamente por esa su calidad hay que ponerse en guardia más que nunca sobre la posible confusión entre Filosofía y Sociología que acecha constantemente y que quizás es la causa de forzadas y peligrosas oscilaciones en el péndulo. Y no habrá manera de preservar a la Sociología su propia personalidad, con tanto trabajo perfilada —si bien la excusa en ello su juventud—, si no mantiene constantemente despierta la conciencia de que es una ciencia empírica, obligada a aplicar el método de la ciencia a sus propios problemas y tareas. Puede disfrutar ahora de la ventaja de tener explicados sus supuestos, pero de ellos tiene que saltar a su trabajo intransferible. La gravedad de la cuestión está en que hacer buena filosofía es tan difícil como hacer buena ciencia; pero es mucho más fácil hacer mala filosofía que ciencia modesta y trabajosa.

Nadie mejor que el iniciado en Sociología sabe del supremo acierto en la descripción del carácter «funcionario» de una de las dimensiones de la vida —el hombre es en la vida un funcionario que asume papeles que están ahí, intercambiables—, pero también sabe que su labor comienza propiamente cuando desde ese filosofema pasa al estudio empírico, preciso y circunstanciado de cómo se conforman y se relacionan recíprocamente los distintos roles que una sociedad presenta, o, con mayor ambición, los que exhiben o han exhibido sociedades diferentes, ya en un momento dado, bien a lo largo de la historia, para formular por fin, de ser posible, la correspondiente teoría<sup>17</sup>. Alguien podrá pensar que esa tarea es menos brillante y sin duda trabajosa y paciente, pero es la que ha correspondido, para bien o para mal, al que quiera hacer investigación social, es decir, Sociología, y no la puede esquivar.

---

<sup>16</sup> Cuando sea conocida en su integridad.

<sup>17</sup> Teoría de la «persona social», en la terminología, quizás no afortunada, de Znaniecki (*The Method of Sociology*, p. 117, en donde se señalan abundantes materiales). *Status y rôle* son los términos empleados en la Sociología norteamericana. Cf., para su empleo en etnología, R. Linton, *Study of man* (trad. española del FCE, México, 1944), cap. VIII. El *American Journal of Sociology*, mayo de 1940, presenta distintos ensayos que atacan el problema con métodos muy diversos.

## II. EL AFICIONADO

a) Cuando en un grupo de personas se pronuncian estas u otras palabras semejantes: galaxia, coloide, protón, primates, etc., todas las probabilidades están a favor de que las personas que las emplean se refieran a algo cuyo contenido es, sin grandes diferencias, igual para todos. A la inversa, cuando las palabras pronunciadas son: democracia, orden, libertad, naturaleza humana, capitalismo, etc., todas las probabilidades están a favor: primero, de que más de una de esas personas no tenga la menor idea precisa de lo que quieren decir los sonidos emitidos, y segundo, de que un análisis posterior muestre la más variada diversidad en los contenidos concretos a que se alude con una y la misma palabra. Por otra parte, cuando alguien pronuncia el vocablo isótopo o formula la segunda ley de la termodinámica, no suele provocar en el oyente la menor perturbación afectiva; en cambio, cuando se dice libertad o socialismo, se produce en el auditorio una ola emocional más o menos amplia, más o menos profunda, que termina a veces en una tempestad de pasiones encontradas, con la misma fuerza destructora de aquel fenómeno de la naturaleza. Aquí está la clave inicial de la situación rezagada de las ciencias sociales y de la dificultad de superarla. Esto no es nada nuevo y ha sido señalado repetidas veces con mayor o menor precisión. En efecto, como antes se dijo, a diferencia de las ciencias naturales, que han acabado por «construir» un vocabulario riguroso y preciso para simbolizar los fenómenos que estudian, a las ciencias sociales pasa en toda su integridad, apenas con ligeros retoques, el contenido del lenguaje vulgar. Y semejante confusión entre lenguaje de la calle y lenguaje científico tiene por lo pronto estas dos consecuencias casi inevitables:

Primera, que a pesar de esfuerzos definitorios, que el científico social pretende rigurosos, se traslade a la ciencia con el empleo del vocablo vulgar un halo de vaguedad significativa, del que a veces es víctima el hombre de ciencia más cuidadoso; y

Segunda —y es a lo que ahora vamos—, el que cualquiera que maneje, aun en su manera más tosca, el repertorio de palabras que del lenguaje vulgar pasan a la ciencia, se siente autorizado para creer que ha avanzado sin transición ni esfuerzo de la experiencia común a la experiencia científica.

La intervención del indocumentado es un penoso privilegio de las ciencias sociales. A esto se añaden dos fenómenos conexos, más emparentados entre sí de lo que a primera vista parece: por una parte, el que con el halo de vaguedad significativa del vocablo vulgar se infiltre su capacidad no menos indiferenciada de estímulo afectivo, de lo que deriva el trasfondo irracional del que a duras penas pueden liberarse las ciencias sociales; y por otra parte, que cuando una ciencia, como por ejemplo la «teoría económica», consigue una

cierta tradición de términos «construidos», ya ininteligibles para el lego, reaccione éste rodeándolos de un nimbo mágico, en definitiva perjudicial para el economista, pues se le exige así mucho más de lo que en realidad puede ofrecer. Este círculo emocional —por ahora ni roto ni explicado— que apresa a las ciencias sociales, es el segundo de sus desfavorables privilegios.

Ahora bien, hay que reconocer que estos desgraciados privilegios de las ciencias sociales se presentan en forma muy especial y marcada en Sociología. El asalto de que ha sido víctima, tanto por parte del indocumentado sin empacho, como del simulador científico o político, ha contribuido a agravar los pecados cometidos por los mismos sociólogos bien intencionados. El título de sociólogo se ha otorgado con generosidad sin límites y a falta de otros a todo el que de cerca o de lejos, en forma teórica o práctica, tenía que ver con cualquier fragmento de la realidad social: desde el periodista aficionado a los «temas sociales», hasta el hombre práctico entregado a la acción generosa de la política social o la beneficencia. Con razón, pues, nada desacreditado por ahí.

Y en cuanto a la palabra Sociología, es bien conocido el lamentable empleo que de ella se hace en periódicos y revistas, en donde aparece como rúbrica maternal, acogedora benévola de cuanto trabajo, libro o artículo tiene un contenido difícilmente clasificable. Esta significación de cajón de sastre ha contribuido no poco a producir, mantener y reavivar las confusas representaciones vulgares de lo que es aquella ciencia. Y tan incierta sería la lucha si se pretendiera atacar de frente a esa visión popular, que el científico esquiva la batalla y se contenta con elevar de cuando en cuando protestas más o menos tímidas y con seguir en silencio su camino.

El hecho es que el improvisador crece como hongo en el terreno blando de la Sociología, por lo que conviene repetir que ésta no sólo es una teoría, sino que como tal y como toda ciencia exige atenerse a una técnica de investigación, sujeta a determinados cánones. A la improvisación, a la investigación de aficionados, debe oponerse cada día con mayor rigor la investigación científicamente dirigida y controlada. Cierto que el investigador *amateur* no carece de una tradición respetable en su apoyo: no hace sino ampliar lo que está contenido en el lenguaje que emplea y encontró hecho, y lo que se guarda en el llamado tesoro de la sabiduría popular. Refranes, fábulas, literatura didascálica y narraciones históricas, están repletas de generalizaciones sociológicas que, no obstante ser más o menos contradictorias entre sí —sabido es que hay refranes para todos los gustos—, se transmiten como verdades permanentes de un viejo saber humano sobre la sociedad y el hombre. La técnica de ese saber se repite, empeorada a veces, en todas las conclusiones de los sociólogos por afición. La observación de unos cuantos casos, en donde aparecen determinadas coincidencias o repeticiones, fundamenta una generaliza-



ción, que cuando sostiene intereses o alimenta buenos deseos, queda como verdad indiscutible.

Algunas «verdades» obtenidas de esa forma, guardadas en la tradición o aposentadas en el fondo de la personalidad, constituyen el suelo de las «convicciones» existentes en un momento dado, tanto más firmes cuanto más inconscientes y hostiles a todo análisis intelectual. «Hábitos verbales»; asiento de lo irracional en la sociedad y en la historia.

Ahora bien, cuando se habla de la necesidad de una técnica en la investigación sociológica, suele imaginarse enseguida a un hombre manipulando aparatos estadísticos o dirigiendo a un equipo de ayudantes que amontonan en afanoso azacaneo innumerables encuestas y «entrevistas». Lo que sí es cierto en parte, no agota ni con mucho todos sus aspectos. Esa técnica de aire libre o de complicadas operaciones matemáticas conviene por excelencia, según algunos, a la labor del sociólogo y elimina como ilegítima la llamada construcción de gabinete (*arm chair sociology*). Pero esto es una exageración infundada, como veremos luego. Con recordar aquí la necesidad de una técnica en la investigación social no se alude, por lo pronto, a ninguna forma especial de ella, sino a algo previo y fundante. Exigir una técnica equivale a exigir atenerse a ciertas normas de rigor y seriedad, previas a toda diferenciación. Es decir, lo que se pide ante todo es la adopción y desarrollo de la actitud científica. La fidelidad a esa actitud es anterior y supuesto de toda técnica particular, y de quien posea la actitud puede decirse que la técnica se le dará por añadidura. De esta actitud «algunos de sus elementos más obvios son: una disposición favorable a conservar las creencias en suspenso y a mantener la duda hasta el logro de la evidencia; una disposición favorable a llegar hasta donde la evidencia apunta, en vez de quedarse en una conclusión dictada por una preferencia personal; capacidad de mantener en expectativa a las ideas, empleándolas como hipótesis sujetas a prueba y no como afirmaciones dogmáticas; y —quizá lo más significativo— goce de lo que son campos inexplorados y problemas nuevos»<sup>1</sup>. *Il faut écarter systématiquement toutes les prénotions*, decía Durkheim<sup>2</sup>. Pero como tales prenociones o prejuicios deben entenderse las ideas o conceptos tenidos como incontrovertibles y los puramente personales o de capa social; no, naturalmente, la prenoción que como hipótesis de trabajo se forma ya en el primer contacto con los datos y que está sujeta, en su validación o invalidación, a los resultados que se ofrezcan en el proceso ulterior de la investigación. Lo que se pide no es, sin embargo, fácil, ni menos

<sup>1</sup> J. Dewey, *Freedom and Culture*, p. 145.

<sup>2</sup> *Les Règles de la Méthode Sociologique*, p. 40.

cosa regalada, y requiere que el investigador social forme con algún esfuerzo lo que llaman su *equipo mental* Sidney y Beatriz Webb<sup>3</sup>. Sobre los elementos de ese equipo no hemos de insistir, ya que estas líneas no se proponen desarrollar con extensión la metodología de la investigación social. Sólo por vía de resumen, al insistir en alguno de los expuestos, añadiremos algún otro de no menor importancia. Así, pues, el investigador debe partir lo más limpio posible de todo prejuicio personal o de grupo —alerta entre los distintos *ídola* baconianos—, o al menos consciente de los que le dominan. Debe educar su atención para los fenómenos humanos que le interesan, para conseguir así la «óptica social» de que habla von Wiese. Y debe, por último, ser fiel a la realidad y humilde ante los hechos. En esto último se encierra quizá la esencia del método científico, y en su estricto cumplimiento el primer imperativo de todo investigador que merezca ese nombre. «Las ciencias sociales adquieren rango científico no por su adhesión a alguna escuela determinada, sino por su sumisión a la disciplina del método necesaria para asegurar que las explicaciones propuestas no sean meras reacciones individuales a hechos sociales por parte de determinados observadores, sino generalizaciones que se desprenderían de los hechos mismos cualesquiera que pudieran ser esos observadores. Gran parte de la investigación social del pasado como presente no es científica porque no estuvo sometida a semejante disciplina»<sup>4</sup>. Nada más opuesto a la moral del científico que la pretensión de haber alcanzado una verdad inmovible y definitiva. Al final de su monumental *The polish peasant in Europe and America*, la mejor monografía sociológica en lo que va de siglo, Thomas y Znaniecki expresan con sencillez<sup>5</sup> esa moral y repiten así, una vez más, la mejor lección de todos los hombres de ciencia.

La posición liberal que aquí se mantiene, y que se desprende de la insistencia en subrayar uno de los aspectos del método científico, al punto de destacarlo como el fundamental, se debe a que no parece por hoy posible, para quien no esté dominado por una escuela, el señalar un método o, mejor, una técnica determinada como los únicos válidos. Sí, en cambio, debe afirmarse que es condición imprescindible de toda actividad científica la renovada y permanente voluntad de someterse a la confirmación de la experiencia. Con esta garantía, la discusión metodológica aparece menos espinosa, puede resolverse en un problema de

<sup>3</sup> *Methods of Social Study*, p. 31.

<sup>4</sup> R. H. Thouless, «Scientific Method and use of statistic», *Study of society*, 1939, p. 126.

<sup>5</sup> «Nuestra obra no pretende ofrecer verdades sociológicas definitivas y universalmente válidas, ni tampoco constituir un modelo permanente para la investigación; tan sólo pretende ser una monografía —lo más completa posible, dadas sus circunstancias— de un grupo social limitado dentro de un determinado periodo de su evolución, que puede sugerir estudios de otros grupos más detallados y más perfectos metodológicamente, contribuyendo así a que la investigación de las sociedades actuales salga de su presente estadio de impresionismo periodístico y preparando el terreno para la determinación de leyes generales sobre la conducta humana que sean realmente exactas» (*The Polish Peasant*, II, p. 1822).

grados y se salvan generalizaciones y resultados que, obtenidos con técnicas más o menos precisas, vienen empero confirmados por los hechos. Read Bain, resumiendo en forma luminosa una reciente discusión colectiva sobre el valor metodológico de la obra de Thomas y Znaniecki antes citada, viene a reconocer, aunque graduándolo, el valor de diferentes posiciones metodológicas. Sometidas todas a la piedra de toque de la prueba, coinciden en sus pretensiones de ser objetivas, es decir, comunicables; de prestar sentido a determinados hechos y de aumentar, en definitiva, el dominio del hombre sobre los fenómenos sociales.

La primera posición cree en el valor de la intuición del atisbo (*hunches*), que iluminan de repente sectores de la realidad o problemas hasta entonces oscuros. Antes de toda prueba, la confianza mayor o menor que merecen las generalizaciones obtenidas depende de la personalidad de quien las hace. Apenas se distinguen sino por el grado de su profundidad, de las generalizaciones de la experiencia común.

En la segunda hay también una imaginación creadora como en la anterior, pero se utiliza un esquema conceptual mucho más amplio. A este tipo pertenecen en buena parte las teorías y sistemas de los clásicos de la Sociología y algunos modernos. Se trata de generalizaciones de gran estilo. Y hay que reconocer que, aunque muchas de ellas no han sido conformadas en todo o en parte por la experiencia, han servido para estimular la investigación posterior, apuntar problemas y organizar la multiplicidad de los hechos, aunque sólo fuera de modo provisional.

La tercera posición es la lógico-sistemática, la cual examina los conceptos y generalizaciones obtenidos por la investigación empírica, inquiriere sus conexiones lógicas y su consistencia interna y realiza un análisis «intensivo» de sus supuestos y de los métodos empleados. Es, en una palabra, la tarea del hombre teórico: en extremo abstracta, pero indispensable para el progreso de la ciencia. He aquí, de nuevo, la *teoría* de que se habló repetidamente. La necesidad de una teoría y de una técnica es la tesis central de este trabajo, y la relación entre ambas podemos verla ahora de modo incidental a través de estas incisivas palabras de Bain: «Alguna capacidad de esta clase (la teórica) evitaría el ridículo frecuente de muchas “investigaciones empíricas” y de la investigación empírica en general»<sup>6</sup>.

Por último, la cuarta posición es la representada por la investigación empírica estrictamente delimitada. En ella se mantiene que sólo por la acumulación de los resultados confirmados, al parecer modestos y reducidos, logrados por investigaciones de este

<sup>6</sup> *Critiques of research in the social sciences*, I, 1939, p. 200.

tipo, puede obtenerse el material con el cual construir una teoría científica de validez general.

Es más, incluso la tarea filosófica puede ser sumamente valiosa, como se dijo en otro momento, siempre que abra perspectivas que puedan ser confirmadas y prolongadas por la experiencia científica. «La especulación, usada de esta suerte, es realmente una parte esencial de la investigación científica; el filósofo social y el científico social debieran siempre ser capaces de trabajar en cooperación armoniosa y fecunda»<sup>7</sup>.

Con todo lo cual, no sólo se confirma la validez del criterio flexible aquí aceptado para juzgar y orientar, a su vez, la investigación social, sino que, además, han quedado demarcados los dos extremos peligrosos que hay que esquivar con cuidado: la especulación sin base y el puro coleccionismo de datos sin tasa y sin guía.

---

<sup>7</sup> R. H. Thouless, ob. cit., p. 129.

### III. LECCIONES DE LA EXPERIENCIA NORTEAMERICANA

c) La extraordinaria labor en los distintos campos de la investigación social llevada a cabo en los Estados Unidos en estas últimas décadas y de la que sólo dan una pálida idea las páginas anteriores, no ha producido, sin embargo, los frutos que podían esperarse. Es desde luego evidente que la labor científica es de marcha lenta y que no se sabe cuándo ni dónde puede surgir el hombre que utilice de un modo decisivo lo que, al parecer, son materiales inconexos e investigaciones parciales, fragmentarias e incluso frustradas. Pero puede también haber algo en las formas de esa investigación, tal como se han llevado hasta un momento dado, que las malogre o haga infecundas. Es obligación entonces del propio investigador hacer un examen de conciencia y someter a crítica sus propios procedimientos. Esto no ha faltado entre los hombres de ciencia norteamericanos, sobre todo en estos últimos años. Y de sus propios juicios, y de la experiencia que podamos tener de la obra por ellos realizada, es posible ya un intento de depuración de los procedimientos, técnicas y objetivos de la investigación social, de modo que, en lo futuro, pueda evitarse la pérdida de muchos esfuerzos. Me voy a limitar a una mera consignación de los puntos principales de la lección aprendida en esa experiencia, ya que una consideración medianamente adecuada de ellos obligaría a escribir tantas páginas como las que el lector ha resistido hasta aquí.

1) En primer término, ninguna investigación tiene interés, es fecunda ni tiene por qué ser emprendida si no responde a un auténtico problema. El empleo de las técnicas más refinadas y de los procedimientos más cuidadosos no pasa de significar una lamentable pérdida de tiempo y de energía cuando se aplican a un pseudoproblema o a un problema imaginario o que ya no existe, aunque se diera en otros momentos. En este sentido la investigación tiene que ser liberada del peso de la tradición académica si no se quiere que cualquier reportaje periodístico pueda tener más valor que lo producido en pomposos laboratorios e institutos.

Por otra parte, toda investigación ha de tener en cuenta que el problema estudiado no se da aislado, sino en conexión con una serie mayor o menor de otros fenómenos, y que hay que seguir las líneas causales hasta el límite que pueda parecer suficiente. En una palabra, hay que investigar el problema en su circunstancialidad.

2) Debe ponerse fin al fetichismo de las técnicas cuantitativas. En primer lugar, sólo son aplicables allí donde se da materia cuantificable, y en segundo lugar, la cuantificación no supone algo valioso por sí mismo. Una correlación perfecta puede ser una simple tontería o algo sin la menor importancia. En el estudio de una situación social problemática, en el empleo del análisis cuantitativo tiene que estar dictado las más de las veces por lo que haya

descubierto o entrevisto un análisis cualitativo previo; pero aun allí donde el análisis cuantitativo descubra o aclare por sí mismo un problema, queda la tarea de su interpretación e inserción en un modo más amplio, y esta tarea, por lo general, no es en sí de carácter cuantitativo. La manía por lo mensurable y cuantitativo ha llevado a que sólo se estudiaran las cuestiones susceptibles de cuantificación, con olvido de otras mucho más importantes, urgentes y decisivas, o sea, aquellas que eran las verdaderamente vitales. En una palabra, la importancia de un problema no la determina jamás la técnica aplicable para su solución.

Ahora bien, esto supone discutir la razón de ser del ideal cuantitativo. Las ciencias sociales tienen que esforzarse todo lo posible por llegar a los grados de exactitud (variables) de las naturales, y el camino de esa exactitud está, evidentemente, en la cuantificación. Pero por lo que a la Sociología concierne, la situación es que nos hallamos en un estadio inicial de elaboración de medidas e instrumentos necesarios y adecuados sin los cuales toda cuantificación es una insensatez. Naturalmente, los teóricos más partidarios del método cuantitativo lo reconocen así y señalan la distancia que hay entre la meta perseguida y el estado actual del proceso. La discusión estaría en si no se dan ciertos límites infranqueables en el logro de esa pretensión. Lo más probable es que los haya, en efecto.

3) En igual situación de comienzo se está en lo que se refiere al desarrollo tanto de las técnicas controlables de observación como de los medios de comprobación de los llamados análisis de los factores subjetivos.

4) Por último, y es lo decisivo, no sólo la investigación es infecunda —un agradable pasatiempo todo lo más— cuando no responde a un problema auténtico, sino cuando no está dirigida y encuadrada por un pensamiento teórico riguroso. Teoría e investigación mantienen un juego de recíprocos servicios y una relación de exigencia mutua. La investigación empírica comprueba y frena la construcción teórica; la teoría da a la investigación su verdadero sentido. Como en la conexión de observación e hipótesis, no se trata aquí de relaciones de prioridad, sino de entrelazamiento dialéctico.

En resumen, las acumulaciones de datos que no responden a nada que merezca la pena y que no mantienen conexión alguna con una perspectiva teórica constituyen en realidad pseudoinvestigaciones, que además de desperdicio innecesario de energías, son fuente de desprestigio de las investigaciones auténticas. Asimismo, no es posible ninguna investigación con visos de seriedad sin la disciplina de las técnicas adecuadas al caso, pero en sí estas técnicas son meros instrumentos de valor enteramente neutral. El que los resultados con ellas obtenidos sean fecundos o valiosos, o decididamente estúpidos, depende de cómo se las aplique y para qué fines.